

Opinión

La contraofensiva



Luis Sánchez-Merlo

La inundación causada por el derumbamiento de la represa y la central hidroeléctrica de Kakhovka –que permite enviar agua a Crimea– se ha yuxtapuesto a la tan esperada operación militar, que abre una fase crucial en la guerra, destinada a restaurar la soberanía territorial de Ucrania y preservar el apoyo occidental en su lucha contra Moscú. Y su resultado decidirá la guerra. La salvaje voladura –adjudicada a las fuerzas rusas– que amenazó el suministro vital de agua, al anegar pueblos, ciudades y tierras de cultivo, retrata a un enemigo dispuesto a poner en la diana a la población civil, como ya hizo en Siria y Chechenia.

Según estimaciones militares fiables, el aluvión “no afectará significativamente a la ofensiva ucraniana”. Y anticipan, haciendo de la necesidad virtud, que al haberse inundado posiciones rusas a lo largo del majestuoso río Dniéper, 2.280 kilómetros (el cuarto río más largo de Europa, tras el Volga, Danubio y Ural), una vez que las aguas retrocedan, el río será en realidad menos profundo y la hazaña de cruzar, más fácil para los ucranianos. El objetivo ucraniano es avanzar hasta el Mar de Azov, cortando el “puente terrestre” entre la Crimea ocupada por Rusia y el Donbás ocupado por Rusia. Si los ucranianos consiguen cortar ese puente, asestarían un duro golpe al invasor.

La importancia de alcanzar el objetivo es que un avance ucraniano hacia el mar pondría en peligro el control ruso sobre Crimea, la joya de la Corona, como ubicación estratégica de bases aéreas rusas, cuarteles generales, depósitos logísticos, bases navales y otros activos, que sirven de apoyo en las operaciones militares rusas.

En la guerra –la más compleja e impredecible de las actividades humanas– la defensa siempre tiene ventaja sobre el ataque y el fracaso es siempre una opción. La regla empírica que se maneja es que para tener éxito, una fuerza atacante necesita una superioridad numérica de 3 a 1 en el punto de asalto. El factor tres a uno refleja la situación táctica. Pero las guerras se libran en múltiples niveles, uno de los cuales incluye la logística. En la Segunda Guerra Mundial, los nazis tenían soldados y defensas fuertes en Normandía pero se vieron abrumados por el número y la logística.

Gracias a la coalición aliada, Ucrania cuenta con nuevos recursos para recuperar el territorio invadido: ocho nuevas brigadas blindadas –40.000 soldados en total– entrenadas por la OTAN y armadas con carros de combate diseñados para abrir brechas en las trincheras rusas y atravesar los campos de minas.

Elemento aéreo

Los ucranianos carecen de un elemento crítico: la superioridad aérea. Los F-16, que deberían haber sido entregados mucho antes, no llegarán este verano, así que tendrán que arreglárselas sin ellos en esta ofensiva. Los rusos tampoco la

tienen; así que ninguno de los dos bandos puede romper sistemáticamente las defensas aéreas del otro.

El objetivo de Rusia es mantener la guerra de trincheras con la que proteger su nueva línea de acceso a Crimea. La estrategia del Kremlin –una guerra cronificada– se basa en un conflicto largo que mine los apoyos externos y concluya con el aumento del cansancio de las opiniones públicas occidentales.

Desde el lado ucraniano, favorece sus avances el problema que encontrarán los rusos para responder a la ofensiva, al no tener reservas suficientes para cubrir un frente de 966 kilómetros, que se vería agravado si intentan tapar un agujero en la línea, porque podrían estar creando vulnerabilidades en otros lugares.

Antes de conocer el desenlace de un conflicto, con el que hemos entrado en un nuevo tiempo histórico: el de las grandes rivalidades, la pregunta que se repite cada vez que se habla de la guerra es: “¿Cuándo va a terminar todo esto?”. Los estadounidenses tienen que superar su fijación por las “guerras cortas y decisivas”. La mayoría de las guerras son largas y agotadoras y esta no es diferente. Como ocurrió con la oleada de 2007 en Irak, los combates en el período inicial de la ofensiva ucraniana “van a ser mucho más duros antes de ser más fáciles”.

El primer intento de romper las líneas rusas en el este del país lo confirma. Las fuerzas ucranianas habrían sufrido pérdidas en equipos pesados y soldados, al encontrarse con una resistencia mayor de la esperada.

Entrenamiento

Desde que los ucranianos comenzaron a recibir entrenamiento occidental en 2014, han estado fomentando el tipo de iniciativa de pequeñas unidades que caracteriza a las fuerzas armadas de la OTAN, lo que “permitirá a los ucranianos aprovechar al máximo cada éxito que logren”. Los rusos, por el contrario, siguen estancados en la mentalidad de planificación centralizada soviética de arriba abajo, en la que los oficiales subalternos siguen dependiendo de las órdenes de los superiores que, a menudo, están lejos del frente y no pueden responder a condiciones que cambian rápidamente. Napoleón dijo: “En la guerra, el poder moral es al físico como tres partes de cuatro”. Junto a las consideraciones estratégicas y tácticas habita una cuestión de enorme importancia: las diferentes motivaciones en los dos bandos.

Los ucranianos lo ven como su guerra de independencia y tienen la moral alta, lo que lleva a la movilización total. Bien al contrario, los soldados rusos, tras meses en trincheras y zonas donde los ciudadanos locales les odian, no sientan el mismo compromiso con su causa y probablemente tengan la moral baja.

El general Eisenhower se dirigió a las tropas que iniciarían la liberación de Europa el Día D con esta proclama: “La esperanza y las oraciones de los amantes de la libertad de todo el mundo marchan con vosotros”.

Hoy, esas ilusiones marchan con las tropas ucranianas. Sólo cabe esperar que su contraofensiva tenga tanto éxito como los estados mayores occidentales desean.